«Anoche á la del quinto
llamaron para un parto,
vistióse ella enseguida
como era natural
bajó las escaleras...
¡y se metió en el cuarto
con uno que hace días
se fué del principal.»

✠

«Pues, ¿y la del segundo
que es una pensionista
con pujos de aristócrata
y un poco de buen ver?
El sábado se casa
con cierto periodista
que durante seis meses
la bombeó á placer.»

✠

«La niña casadera
que busque aquí un partido
verá crecer los novios
al pie de su balcón;
no digo yo que siempre
le toque un buen marido,
¡pero halla, por lo menos,
una aproximación!»

✠

«El dueño de la finca,
que es todo un buen casero,
sabe que aquí los pisos
se buscan como miel,
por eso me ha enviado
ayer este letrero
que cuelgo en los balcones
encima del papel.»

«Y dice así: *Se alquila*
un principal con dote,
luz, agua, siete piezas
y gran ventilación,
tiene cuarto de baño,
timbres y sacerdote
para, en caso de apuro,
facilitar la unión.»

✠

Así que hube acabado
de oir á la portera
entré en la casa y como
un huracán corrí,
subí hasta el sotabanco,
y, al fin de la escalera...
¡cumplióse la leyenda
y allí mismo caí!

✠

Casado y con seis niños,
lectores placenteros,
estoy á vuestras órdenes
humilde servidor
en la lejana calle
del Cardenal Cisneros
en el local que llaman
la casa del amor.

Mingo Revulgo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CA A:
Dos pesetas
De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...
PRINCIPE, 14
De 10 á 12 y de 4 á 6

LA HOJA DE PARRA ✠ REVISTA FESTIVA ✠
APARECE LOS SÁBADOS
Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547
MADRID

AÑO I. Madrid, 9 de Diciembre de 1911. NÚM. 32



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
¡Todavía!...
ANGEL GUERRA
Charito.
FERNANDO AMADO
El suceso del sábado.
EL ADULTERIO
Opiniones de Pedro de Répide, Mazzantinito, Luis Morote y Alberto Insúa.
GONZALO CANTÓ
Á la vejez, viruelas.
EL CONFESONARIO
Artículo de LA CHIMENTI
AVELINO R. MACHADO
El crepúsculo.
MARIANO MIGUEL DE VAL
Brillar y fecundar.
RAMON ASENSIO MAS
Amor que mata.
PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.
TOVAR, CYRANO, HERNÁIZ
BARRANCHINA y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Pilar Más «La Marjita», Tina Rosado, Répide, Mazzantinito, Luis Morote, Alberto Insúa y otros diubjos.

5 cénts.

CARAS BONITAS



PILAR MAS «LA MAJITA»

Hermosa chiquilla de catorce años, «divette» aplaudidísima en el Eden Concert, de Barcelona, que en breve debutará en Madrid.



LOS CLASICOS DEL AMOR

Del libro «BILITIS. — LAS CANCIONES ERÓTICAS, puestas en prosa castellana por Silvio Lago.»

Á UN MARIDO FELIZ

¡Bien saben los dioses, Lykas,
cómo te envidio el que sea
tu mujer tan hacendosa,
tan servicial, tan dispuesta!
Por las mañanas temprano
limpia el establo de... etcétera,
y en vez de tornar al lecho
da de beber á las bestias.
Bien puede enorgullecerte
la dicha de que alardeas,
puesto que tu esposa, Lykas,
no es cual muchas que no piensan
más que en sus bajos placeres;
pasan las noches en vela,
durmiendo durante el día;
y, al punto que se despiertan,
le piden al adulterio
lo que—según dicen ellas—
el tacaño del marido
sin cesar les regatea.
Sin embargo... De tu esposa
dicen que es sobrado buena,
compasiva y complaciente
con la menor de tus bestias:
con ese asno tan bonito,
que tiene una mancha negra
sobre los ojos. Y afirman
que por las mañanas juega
con él, y bajo su vientre
gris y peludo se acuesta.
Mas no vayas á hacer caso
de quien tales cosas cuenta.
Después de todo, si es cierto
lo que se asegura de ella,
será porque, al ver el asno,
de su marido se acuerda.

LA HETAIRA

Al contemplarle dormido
de ira y rabia me estremezco,
no obstante de parecerme
que es hombre rico y espléndido.
Cuatro dramas dió á mi sierva
y un óbolo dió á mi siervo,
y acaso con una mina
ponga á mis favores precio.
Mas yo le he dicho á mi esclava
que me suplante en el lecho,
y el hombre no lo ha notado,
sin duda, porque está ebrio.
No. Yo hubiera preferido
mil veces morir en medio
de las mayores torturas,
á tener que darle un beso.
¡Ay, mis lejanas praderas
de Tauros ¡Oh, mis recuerdos!...
Entonces era yo virgen;
tenía turgente el pecho,
y odiaba á mis dos hermanas
desde el día que se fueron
de casa con sus maridos
á gozar del himeneo.
¡Cuánto habría dado entonces
por lo que ahora desprecio!
Y es que hoy, por mi desventura,
flácidos están mis senos
como dos odres vacíos,
y en mi corazón—ya viejo—
rendido por la fatiga
descansa el divino Eros...

Por los ripios,

Carlos Miranda.

¡TODAVIA!...

Ni los siglos valen á quien fué algo sobre la tierra, para que le dejen en paz.

Ahora le toca á Safo, sacada de su tumba para zarandeos literarios por un sabio francés, y recogida como pelota en cesta por gacetilleros y críticos que hacen botar y rebotar á la poetisa de Mitileno ni más ni menos que si anduviera dando el salto del Léucades.

Parecía lógico que, al cabo de dos mil y quinientos años, estuviera ya, no consagrada, ensencializada aquella gran artista y sólo pensáramos en ella para reverenciarla porque supo rear belleza, no para discutir si tuvo ó dejó de tener estos y aquellos vicios, si se dió á uno ó á veinte, y si puso ó no puso cátedra de inversiones entre las muchachas de Lesbos.

Si algo de su vida pasional merece recuerdo, es la tragedia, la brava estrofa escrita por ella con su sangre contra las rocas que punteaban el abismo, sobre las espumas del mar helénico que contra las rocas rompía.

Ver que unas cuantas arrugas en la piel y otras cuantas canas en el pelo bastan para que una criatura superior, mujer ú hombre, sea pospuesta á un necio ó una imbécil, es cosa para encoger, no los hombros, el cuerpo entero y darse de una vez á los abrazos de la muerte. Al fin y á la postre, con el beso de la muerte reciben las grandes figuras humanas la inmortalidad.

Desde ella contemplaría Safo, sonriendo despectivamente, el envejecimiento de aquel gimnasta y de aquella hetaria que, si han sobrevivido á su entierro, débenlo á quien ultrajaron y burlaron. Hablar de Safo para restablecer su virtud como ha hecho el sabio de París, es gran majadería. ¿Qué nos importa hoy la virtud de Safo? No sabemos positivamente en qué consiste la virtud, y vamos á probar la de una mujer que vivió seiscientos años antes de Jesucristo! ¡Tiene gracia el empeño!

Todavía hay otro peor; el de los críticos y gacetilleros que dan rostro al parisien desfacedor de entuertos y enristran contra él los puntos de sus péñolas para demostrar que Safo fué una viciosa irredimible y que á existir hoy andaría dando paseos por esas calles de doce á cuatro de la madrugada con sus tablas y con su estilo.

Francamente, de esta faena á la que realizan las comadres sentándose en torno de un brasero para mondar castañas y quitar á una vecina tiras de la piel, no hay diferencia grande.

Vayan á la tumba con los grandes artistas sus pequeñeces y sus vicios.

De más se les comentan y se les agrandan en vida, para hacer con cada uno de ellos una espina é irlas claveteando en la corona de flores que la admiración pone sobre sus tumbas.

En sepulcros de vulgaridades malvadas he leido escritos todo género de adjetivos y frases laudatorias. ¿No merecen los grandes muertos, ya que no esas alabanzas mentidas, un poco de respeto siquiera por el mucho que los necios dejaron en vida de guardarles?

¡Ah los vicios, las maldades de las criaturas superiores!.. ¿Quién sabe si ellos son consecuencia, acompañamiento de esa misma superioridad? ¿Quién sabe si los grandes

NUESTRAS COCOTAS



TINA ROSADO

hombres y las grandes mujeres no tienen derecho á una moral distinta á la del resto de la edición humana?

No diré que sí ni que no. Sería incurrir en igual falta que censuro y echar también mi cuarto á espadas á expensas de la Safo-hembra que sirve de actualidad á gacetilleros y críticos.

¿A qué traer y llevar á la Safo de los amores y las aventuras lesbianas?

Quede su cuerpo en el abismo, donde dió hecho tiras botando y rebotando.

Dejemos que el mar griego siga trayendo, centuria tras centuria, con el son de sus olas eternas, el eco de los cantos, eternos también, que nos envía el noble espíritu de Safo, desde las rompientes del Léucades.

Joaquín Dicenta.

CHARITO

Era tarde, pero entró. No pudo resistir la sugestión de aquellos rumores de alegría loca, dejos de coplas, voces, vivas, guitarreo, palmas, chocar de copas, que llegaban hasta la calle y pararon al muchacho al pasar. Sobre la puerta leyó en el rótulo: *Café cantante.* Nuevo en la Corte, todavía con el olor del campo pegado á la ropa y al alma, Juan, por primera vez estudiante libre, ya cursando los estudios universitarios, no conocía más que á flor la vida cortesana.

¿Qué sería aquello? Decidióse, no sin vacilaciones, y entró. Junto á la puerta había un velador vacío, y sentóse.

Una muchacha, con la cara pintarrajeada, mal velando el colorete el ajamiento de la piel, y el traje vistoso y chillón, disfrazando carnes flácidas, blanduchas, se acercó al instante.

—¿Qué va á ser?...

—Cerveza.

—¿Nada más?...

Y miró al muchacho con ojos provocativos, mientras el cuerpo culebreaba con contorsiones lascivas. Juan no entendió.

—Eso; cerveza nada más.

Encendió un cigarrillo. Desde el rincón en que se había sentado miraba el amplio salón á lo largo. Una atmósfera de humo pesaba brumosa y sofocante en el recinto, que llenaba de ruidos el vocear de los bebedores y el reir de las chicas comentando historias picarescas de amor, cuentos vivos, del natural.

Frente á él, una niña, solitaria en su mesa, revolviendo en sus manos un ramo de violetas, se esforzaba en llamarle la atención. Movía las caderas resobando el asiento; inclinaba la cabeza en actitudes mimosas, y los ojos, levemente entornados los párpados, parecían dormirse en una caricia sin fin.

Nada. No le hacían caso. Así, prometiéndose, sin duda había estado toda la noche, consumida en estéril afán de hacerse amar. A solas, aún esperaba.

Juan la encontraba tentadora, y lastimábase del repudio de las gentes. Si ella se acercara, hubiese estimado amable y grata su compañía. ¿Llamarla? ¡Bah! Para que se rieran... Ya, hasta le remordía dentro el haber entrado. Solitario en la mesa, debían estar burlándole las mozas y los bebedores como á la chica de enfrente.

Sonaban ahora las guitarras en el tablado. Las cuerdas heridas quejábanse con un aire tristón de *tientos*. A través del humo que rompía la luz del gas, claridad amarillenta que dejaba reflejos de lividez cadavérica en los rostros, en los borrachos, abotargados, escuálidos en las hembras, vió Juan aparecer la bailadora.

Rompió el concurso en aplausos y gritos propios de esta clase de cafés, y un estremecimiento de locura corrió por el salón.

—¡Olé!



El.—Había confundido á usted con Pura. ¿Es ese su sombrero?

Ella.—No; yo no tengo ya nada de Pura.

—*¡Charito!*

—Entrañita mía!

—¡Venga!

Charito, en lo alto del tablado, al compás de la música, comenzó á bailar un tango plebeyo. Coservaba un tanto su antigua belleza y la agilidad gallarda de su cuerpo joven.

Con la falda ceñida, que una de sus manos levantada con osado impudor recogiéndola atrás, retorcíase culebreante *Charito* en giros provocativos, insinuantes. Trémulos los flancos y estremeciéndose vivas las carnes, arqueado el brazo en alto, mórbido, desnudo; sobre el seno, ondulante y firme, colgaba sus flecos temblones el mantón chulesco, con floripones de color, y en la cabeza el sombrero de alas anchas, bajo las cuales unos negros cabellos se encrespaban, aprisionando á un lado un manojo de sangrientos claveles. Y los labios mordían y los ojos guiñaban, y el cuerpo seguía retorciéndose al simular espasmos brutales.

Incitaba *Charito* en sus danzas. Aquella gentuza de las mesas acostumbraba á verla todas las noches, jaleábala á voces, pero sin entusiasmo. La chica de la mesa de enfrente parecía mirarla con arrobo, como recordando venturas íntimas, pasadas.

Solamente Juan sentíase enardecido. La sangre le acosaba con fiebre, agitándose en las venas con pulsaciones rápidas.

Terminó el baile.

—¡Bravo!

—¡Olé!

—¡Toma mi sangre!

Y *Charito* saltó del tablado.

—¡Venga una caña!

Sirviéronla la copa, y sentóse en un grupo de hombres de torva catadura é ínfima calaña. Sin duda perdonavidas, buscones, borrachos. Fijóse en ellos Juan. Eran gente de bronce, la andante guapeza en tascas y chirlatas. El belfo innoble, grueso y caído, los tufos enmarañados; el costurón del tajo cicatrizado, indicaban su linaje.

—Quiso Juan marcharse. ¿Qué iba hacer allí? Ya conocía aquello por dentro. Pero *Charito*, charladora, desvergonzada en sus ademanes, parecía que lo había clavado en el asiento. Sacó el dinero para pagar y de nuevo lo volvió al bolsillo.

Esperaría á que bailase otra vez. ¡Qué mujer! Y el pobre chico soñaba con ella mil aventuras imposibles. Raptarla con escándalo, huir muy lejos, vivir para siempre nada más que amándose. Conseguirla un instante y morir. ¡Cuántos desatinos deliró el muchacho, acosado de un hambre que roía en sus carnes y caldeaba la sangre y tornaba plácidas las ideas. Mas, no era para él, bien lo sabía.

De pronto, en la mesa en que estaba *Charito* creció el vocear. Disputaban dos de aquellos *guapos*. Al alzarse, rápidos, agresivos rodaron las copas.

—Sí; con *Charo*...

—No será.

—Pues, con ella vuelvo.

—Bajó el alquila. Está ocupado.

NOCHES DEL «TRIANON»



—Agapito, ¡por Dios!, si va á volver á averiguar lo que tenía en la mano aquel señor tan gracioso de la otra noche, avísame para cerrar los ojos.

—Y tú cobras.

—Y á eso vienes tú.

—Chupón.

—Morral.

En un salto atrás, pusiéronse en guardia. Chirriaron los muelles de las navajas al abrirse, centellearon las hojas blancas, y las voces agrias, coragientas, redoblaron su gritería. Los demás bebedores permanecieron sentados.

En tanto, la carcajada de *Charito* oíase burlona, insultante.

—No enfriarse, que se acatarran.

Y vuelta á reir.

No hubo nada, ni sustos, ni sangre. Juan

temeroso en su rincón ante el alboroto de la riña, presintiendo algo trágico, pensó en huir.

Llamaba á la camarera, mas ésta no acudía y por allá dentro sabe Dios dónde estaba.

Respiró cuando hubo acabado la tormenta. Sin duda aquel amante de la *Charito* era un celoso, á quien la pasión por la bailarina exaltaba. Debía quererla suya, ni aun siquiera deseada. Cuantos sueños tuvo antes Juan, al verla danzar, los agarrotó el miedo ahora en su alma.

Ya no pensó más que en marcharse. Uno de los reñidores echóse á la calle con otros del corro, y el galán ofendido tornó de nuevo á la charla.

Airado aún cogió de un brazo á *Charito*, sacudiéndola.

—¿Cuánto, cuánto quería?

—Poco.

—¿Y se lo ibas á dar?

—Mio es.

—Y yo, ¿no lo necesito?

—Ya te he dado.

—Quiero más... Necesito.

—No tengo.

—Mañana lo necesito. Búscalo.

Con acento de ira y mirada fiera, le indicó á Juan.

Ya era tarde. El clarear madruguero entraba por la puerta, y en el salón reñía con la amarillenta luz del gas en las lámparas.

Charito se acercó á Juan, cuando éste se abotonaba el gabán para salir, cogiéndole del brazo:

—¿Vamos?

Mirando al bravo amante, temeroso de su cólera, pero con desconsoladas ansias, díjole:

—No.

Comprendió *Charito*. Volvióse hacia el galán, que todavía refunfuñada, y con gesto imperativo, mientras se envolvía en recio mantón aprisa, le señaló la puerta.

—Ahueca.

Angel Guerra.

EL SUCESO DEL SABADO

Hace dos ó tres sábados, á cosa de las nueve, D. Pascual Suárez, acabó de leer el número de LA HOJA DE PARRA que instantes antes le entregara su doncellita, gentil y pizpireta, y rápido abandonó el lecho y se dispuso á hacer el cotidiano lavado de su venerable rostro.

De pronto, oyó unos golpes dados con violencia en la puerta de su alcoba y volvió la cabeza. Quedóse súbitamente inmóvil y casi petrificado de sorpresa. La ventana, que estaba á medio cerrar, acababa de ceder á un vigoroso impulso dando libre paso á una jovencita de unos dieciséis á dieciocho años, muy bonita y preciosamente formada. Estaba en camisa, y lo que ésta no hubiera podido cubrir por mucho que quisiera llegar á todas partes, velábalo con relativa discrección una chaqueta de caballero. Colgado del brazo derecho llevaba un lío de ropa.

—¡Por Dios, escóndame usted; se lo suplico! —balbuceó la joven temblando de miedo.

Y corriendo á la habitación inmediata, que era la alcoba, se zambulló rápidamente en el lecho castísimo de D. Pascual.

No había transcurrido un minuto, empleado por el estupefacto señor en guardar aquella ropa á la que en vano interrogó con una mirada llena de espanto, cuando llamaron á la puerta del piso y se oyó una voz imperativa que decía:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

—No abra usted—gritó la joven asomando la cabeza entre las sábanas.

Don Pascual dió varias vueltas por la estancia, se secó el sudor con el jabón y estuvo á punto de beberse el agua de colonia. Nuevos golpes le hicieron quedar otra vez inmóvil y sin aliento.

—¡En nombre de la ley, abrid!—rugió la voz tonante en el descansillo de la escalera.

La joven sollozaba en el lecho; don Pascual se iba poniendo sucesivamente blanco, rojo, amarillo y azul.

De pronto, dió un salto. Un cerrajero empezaba á forzar la cerradura. ¿Para qué seguir resistiendo?... El pobre funcionario se pasó la mano por la frente como quien toma una resolución heroica y abrió la puerta.

Primero apareció un señor muy correcto exhibiendo un bastón con borlas, signo de autoridad; seguíanle dos guardias y un cerrajero, armado de un martillo formidable, y cerraba la comitiva un caballero en actitud descompuesta, lloroso y con unas gafas del revés, ó sea colocadas en el ocipucio, el cual, encarándose con Pascual, le endilgó esta deliciosa rociada:

—¡Granuja, más que granuja! ¡Seducir á mi pobre hija, un ángel de candor!... Bien se ha valido usted de mis frecuentes viajes... Claro está, la pobrecilla se encontró sola y no supo ceder...

El señor del bastón puso fin á la catilinaria.

—El delito está patente—dijo con voz ceremoniosa.—Este caballero en calzoncillos, esa joven llorando avergonzada en el lecho... Basta. Empecemos el atestado.

Y sentándose ante una mesa, sacó del bolsillo papel y un tintero portátil y preguntó á don Pascual, que parecía haberse convertido en estatua de corcho:

—¿Su nombre de usted?

—Pero... ¿por qué?—murmuró al cabo Suárez con voz que parecía un suspiro.—Yo no hice nada. Ignoro qué lío es este...

—Esto no es un lío, caballero, y le advierto á usted que no estamos para perder el tiempo. Si no quiere usted decirme ahora su nombre, lo dirá usted en otra parte. Tenga usted la bondad de vestirse.

—Pero...

—Nada, vístase usted.

Y no hubo más remedio que obedecer y presentarse en el juzgado, diligencia de la que se dispensó galantemente, y por el momento, á la joven, en atención á su estado nervioso y á su pudor ofendido.

Don Pascual declaró ante el juez que seguía ignorando lo que significaba aquel embrollo; pero el sacerdote de Themis le aconsejó que confesase su delito y lo remediase como era menester; y á fin de no prolongar más tan violenta situación, dejó al detenido en libertad provisional y bajo palabra de honor para que se decidiese á arreglar el asunto por el único medio indicado. Contó don Pascual el caso á dos compañeros de oficina y le calificaron seriamente de nuevo Tenorio; un abogado, á quien buscó para que le defendiese, le aconsejó que se casase con la chica, único medio de librarse del conflicto que le esperaba; en la vecindad empezaron á mirarle con terror los maridos, y con cierta complacencia las señoras. El padre de la joven seducida hacíase el encontradizo para dirigirle terribles amenazas: el plazo concedido por el juez iba á expirar; era preciso tomar alguna determinación... Y el pobre, honrado y castísimo don Pascual, presentóse á la autoridad y confesó la seducción que no había cometido y de la cual todas las pruebas, incluso la declaración de la víctima, le designaban como autor.

Y ahí tienen ustedes arreglando los papeles de la boda bajo la vigilancia inmediata del padre de la inocente niña y pensando en el verdadero protagonista de esta aventura pasional.

—¿Será posible—suele decirse el pobre señor cuando se encuentra á solas—, que haya seducido yo á esa muchacha?

Es fácil que una vez casados, ella misma se encargue de convencerle de que así fué efectivamente.

Fernando Amado.

ENTRE BASTIDORES DEL REAL



—¿Con que... dice usted que quince?

—Y cuatro meses, para que el diablo no se ría.

—¿Y cómo tan jovencita trabajando ya?

—Es que todavía yo no hago más que jugar...



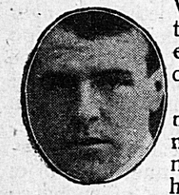
JUGADORA DE BOLOS

(Escultura de Gerome)

EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO

¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?

Eso es cuestión de latitudes y de climas. En la Polinesia sería una prueba de afecto al marido y solicitada por el propio interesado.



Varía también el aspecto teatral del asunto, según se mire en comedia francesa ó en drama calderoniano.

De todos modos, la exclamación de Beaumarchais viene sola: «Miren dónde demonios ha ido á alojarse el honor.»

El criterio más acertado en el caso de marras consiste en que si el marido èntra de improviso en el domicilio conyugal y sorprende á su mujer en íntimo coloquio con un amigo, les debe pedir perdón con mucha cortesía por haberles molestado materialmente; así como ellos, si se precian de bien criadas, deben pedírselo á él por molestarle moralmente.

Luego, sin gritos ni alharacas, pueden proceder á resolver el caso, ora tirando cada uno por su lado, ora marchándose á cenar los tres en medio de la mayor armonía.

Lo mejor es que exista una prudente combinación de horas para que el marido no se encuentre de pronto sin saber qué decir, por haber regresado á su casa cuando no se le esperaba.

Bastante es que, cuando vuelva á su hora, encuentre á la señora dispuesta para recibirle.

PEDRO DE RÉPIDE.

•

Para tomar parte en la encuesta de LA HOJA DE PARRA, por demás curiosa é interesante, no son precisas facultades especiales. Basta poseer los sentimientos de dignidad que han de ir forzosamente unidos al hombre que se precie como tal.



Por eso echo yo mi cuarto á espadas, diciendo que me parece el adulterio una monstruosidad y que entiendo que el marido que encuentre á su mujer en flagrante adulterio, debe proceder como un monstruo, que en la menor cantidad posible de tiempo haga desaparecer á los traidores...

TOMÁS ALARCÓN (MAZZANTINITO)

Sr. D. Francisco Gómez-Hidalgo.

Mi querido amigo: Me pide usted, en términos concretos, contestación á la pregunta «de cuál debe ser la actitud del marido en caso de flagrante adulterio».



La respuesta exigiría, para ser cabal, un largo razonamiento; pero ni yo tengo tiempo para hacerlo, ni creo que su HOJA admita contestaciones extensas. Así, pues, echo por la calle de enmedio y respondo que todas las actitudes del marido ultrajado me parecen buenas, menos la de una airada y violenta justicia por sus manos.

Ya pasaron, ó han debido pasar, los tiempos del *Médico de su honra*, enaltecidos en la moral calderoniana. Ya estamos lejos también del *¡Mátala!*, de Dumas, que sin el genio de Calderón coincidía con él en las soluciones trágicas.

La mujer no es una propiedad del marido. Es un ser inteligente y libre que pacta con otro ser libre é inteligente un amor que debe ser eterno, pero que á las veces no puede serlo. El amor no se impone: es un producto de la voluntad y á ninguna mujer se la puede obligar á seguir queriendo al marido á la fuerza.

El agravio no consiste en dar el amor al que no es el cónyuge legal, sino en engañarlo, en escarnecerlo.

En una civllización más adelantada lo procedente en casos de desamor es afrontar el conflicto, decírselo cara á cara al olvidado, al no querido, y separarse de él. El divorcio, que infelizmente aún no tenemos establecido en España, incluso por incompatibilidad de humores, es la única solución racional del problema de cariño y de derecho.

A falta del divorcio queda el recurso de retar al burlador, de medir sus armas con él en combate que ofrezca garantías recíprocas de no ser un delito. El duelo con todos sus inconvenientes es un procedimiento de solventar el agravio, de dar satisfacción á la dignidad humana ofendida.

Claro es que, por encima de todas esas consideraciones, muy fáciles de tener en cuenta en frío, muy difíciles de hacer en presencia del flagrante adulterio, prevalece el arrebato de los nervios, del alma encendida

en celos. Pero eso es para apreciar atenuantes, para inclinarse á la absolución; pero no para recomendar el método de cortar los nudos del amor.

En suma: que en las horas que corren de civilización y de derecho, á mí me parece imposible que la conciencia colectiva apruebe las soluciones que todavía en el teatro se predican y en la vida se practican. Todo menos la muerte, todo menos tomarse la justicia por sus manos. Llegará un día en que las teorías de Ibsen en varios de sus admirables dramas y de Víctor Margaritte en varios de sus magníficos artículos se impongan y prevalezcan, levantando la libertad de la mujer para no amar á la altura de la libertad del marido, que incluso por capricho falta á la fidelidad conyugal.

Yo sólo le pongo una condición á esa libertad plena y absoluta de la mujer, y es que ésta se desligue de los vínculos del matrimonio por un amor verdadero, por un amor en que la carne no sea el único motivo.

Nada más porque ya basta y porque necesitaría muchas cuartillas para explicar mi pensamiento.

Suyo muy cordialmente,

LUIS MOROTE

•

Depende del temperamento y de la cultura; pero yo aconsejaría á los impulsivos y á los románticos que procediesen, en tan desagradable momento, como el más flemático y escéptico de los maridos. Claro que hablo de maridos dignos, «limpios». Después de «eso» no queda otro recurso que el divorcio. Lo difícil es el mal trago, la «escenita». El que logre sobreponerse al impulso atávico de la venganza—que nunca me parecerá justificable—y «concluir de una vez», fría y desdeñosamente, será, en mi opinión, más hombre de corazón y de conciencia y «de vista que el señor que coge el revólver y ¡pin-pan! Porque la vida es larga y ofrece sus compensaciones...



ALBERTO INSÚA

✠

En el próximo número, respuestas de Julio Burell, Linares Rivas, Pérez Zúñiga, Zamacois, P. Ferrándiz, Miguel de Palacios, Asensio Más, Salvador Rueda, López de Haro, Aniceto Llorente y otros.

A LA VEJEZ VIRUELAS

Se casó el buen don Juan, el calavera,
en brevísimo plazo y perentórico;
al poco tiempo se trocó en Tenorio,
y su cara mitad, en cocinera.

Culto á Venus rindió de tal manera,
que llegó pronto á ser un vejestorio,
y gastado y senil, como es notorio,
no encontraba mujer que le quisiera.

A su esposa trató como á una esclava
y hoy la acaricia y su virtud alaba
y hasta pretende que su amor recobre.

Pero el loco don Juan, ¡qué compromiso!,
cuando hacerla feliz pudo, no quiso,
y hoy que quiere poder... ¡no puede el po-[bre!

Gonzalo Cantó

DESPACHO DE BILLETES



Ella.—Necesito una delantera para esta noche.

El.—¿¿Otra??



Confesonario

LA CHIMENTI

Pues, verán ustedes. Yo nací aquí, en Madrid, y fuí bautizada en la Parroquia de San José, y me pusieron por nombre Josefina...

Chiquilla todavía, me tiró el Arte, y con una hermana mía me lancé á él. Fuimos concertistas, y con unos trajes muy seriecitos y unos ademanes tan «formales» como los trajes, corrimos por esos escenarios de Dios, ganando aplausos..... En el escenario del «Salón Madrid» nos presentamos varias noches.



LES CHIMENTI
ELLA Y ÉL

... Y así iba el mundo, cuando ¡ay Dios!, un día en Santander tropecé con este señor Chimenti, que ven ustedes aquí con la boca abierta — posición que adoptó al mirarme á la cara por primera vez y que no ha abandonado todavía porque todavía no dejó de mirarme — y yo no sé cómo ni por qué, el caso es que fuí y ¡paf!, me casé con él.

El también era artista, pero del género contrario al que yo cultivaba: el género cómico, que es al que más he temido yo siempre. Pero, claro está, poco tiempo después se me había pasado, y desde hace algunos meses hacemos este trabajo de parodistas.

No les quiero decir á ustedes mis apuros. ¿Tendré voz? ¿Tendré gracia? ¿Gustaré? ¿Se meterán conmigo? Por fortuna caí bien; les juro á ustedes que no puedo quejarme.

¿Otros amores? ¡Pero si el señor Chimenti no me dejó tiempo!... ¡Si me casé muy joven! Hace tres años, exactamente, y tengo ahora sólo veintitrés...

¿Mi opinión sobre el matrimonio? Hombre, ¡ni fu ni fa!... Ahora; que si una tiene hijos... Yo tengo una chiquilla de seis meses, y es mi encanto y mi vida y mi todo... Pero no les quiero á ustedes hablar de ella porque me voy á poner tonta. De todas las buenas obras que le debo al señor Chimenti es la mejor. ¡Palabra!

Por ella y para ella quiero trabajar, y trabajo mucho, ganar mucho dinero, y dejarla el día de mañana una millonada, si puede ser.

Ya que yo no tengo más remedio que trabajar, quisiera que ella, mi nena, no precisase de estas cosas. Que no sea artista; que tenga joyas y coches y palacios, que nosotros sus padres la dejemos. Pero ¿ven ustedes?; me he puesto seria. Si es que en esto de tener hijos todos son inconvenientes... ¡Hasta hablar de ellos!

Josefina G. de Chimenti.

CREPÚSCULO

Muere la tarde; á los lejos, entre la húmeda niebla, dibújanse como abocetadas las siluetas de los altos campanarios de las iglesias. Algunos pocos transeuntes envueltos en luengas capas, rompen con el ritmo acompasado de sus pasos el silencio religioso de la ciudad...

Personajes:

ELLA.—Diecisiete años: las redondeces de su cuerpo merman su estatura hasta hacerla parecer pequeña, ojos azules que dejan traslucir en su mirar los pensamientos todos de su dueña, boca pequeña, fría, enigmática y maneras desenvueltas de cortesana.

EL.—Veinte años, alto, delgado, ojos negros, grandes, velados, de soñador, rostro pálido cuidadosamente afeitado, sus labios tristes pléganse á ambos lados en una arruga indefinible, arruga que lo mismo puede tener su base en el continuo gustar que arrastra el desencanto que en la irrealización de los placeres soñados.

Caminan lentamente y juntos, muy juntos, mirándose á los ojos.

Ella le mira sonriente, inclinando sobre su pecho su cabecita morena de virgen loca, y luego, mirando á ambos lados y convencida de que nadie los ve, elévase sobre la punta de su pies y aproxima su enigmática boquita á los labios tristones de su amado. Siguen.

El se inclina más susurrándola en su oído la historia de sus dudas de otros tiempos.—¿Qué hay en ti?—la decía—No lo sé. Unas veces parece que tus actos tienen por base la inocente intención de los pocos años; otras, la mayoría, figúrome que la tienen en los placeres que yo te pinto y de los que por haberlos gozado me haces la negación con tus actos caprichosos de niña mimosa. ¿Te acuerdas? Hace tiempo, un día, húmedo como éste y cual éste triste, veníamos juntos por este sitio; yo suspiraba ante tu poquedad que se empeñaba en resistirse, y tú te reías martirizándome con el recuerdo de un amor que pasó; yo protestaba, no me acordaba de nadie, te amaba á ti sola y te llamaba ingrata con mi opaca voz de tenor gastado, con aquella voz que te gustaba tanto en otro tiempo; y hablaba de prisa, muy de prisa, como se expresan los pensamientos francos que salen de dentro. Tú denegabas con la cabeza, con tu cabecita morena de virgen loca y sonreías con sonrisa burlona, incrédula, incitante, como impeliéndome á seguir debatiendo; yo continuaba reprochándote tu indiferencia que consideraba mentira. ¡Te quería tanto!

Ella inclina su cabeza sobre el hombro de su amante, adormeciéndose al arrullo del galán y le mira con sus ojos azules.

El continúa arrullándola con el hacinado haz de sus recuerdos.

EL.—¿Qué hay en ti que se oculta á mi vista y cuya definición no me atrevo á hacer?

Ven, ven, hazme olvidar las amarguras de lo pretérito; ven, que yo te acaricie; sé mía. ¡Anda!

ELLA (*lánguidamente*).—Déjame.

EL (*como en ensueños*).—¿Me quieres?

ELLA.—¿Que si te quiero? Mi huída de

EL MENÚ



—... Y luego almejas.
—¡No, que vengo de frac y me molesta mucho!

casa á estas horas y sola contigo, debe justificártelo.

EL.—¿Y serás mía?

ELLA.—Sí; pero ahora no, déjame. (*Resistiéndose, oculta su cara en los pliegues de la mantilla como avergonzada.)*

EL.—¿Por qué no ahora? Mira, estamos solos, tú dices que me quieres... pues entonces, ¿qué importa lo demás? Anda, ven, que el tiempo que se va no vuelve.

.....

Muere la tarde; á lo lejos, entre la húmeda niebla, dibújanse como abocetadas las siluetas de los altos campanarios de las iglesias...

Avelino R. Machado.



BRILLAR Y FECUNDAR

(TRADICIÓN ORIENTAL)

I

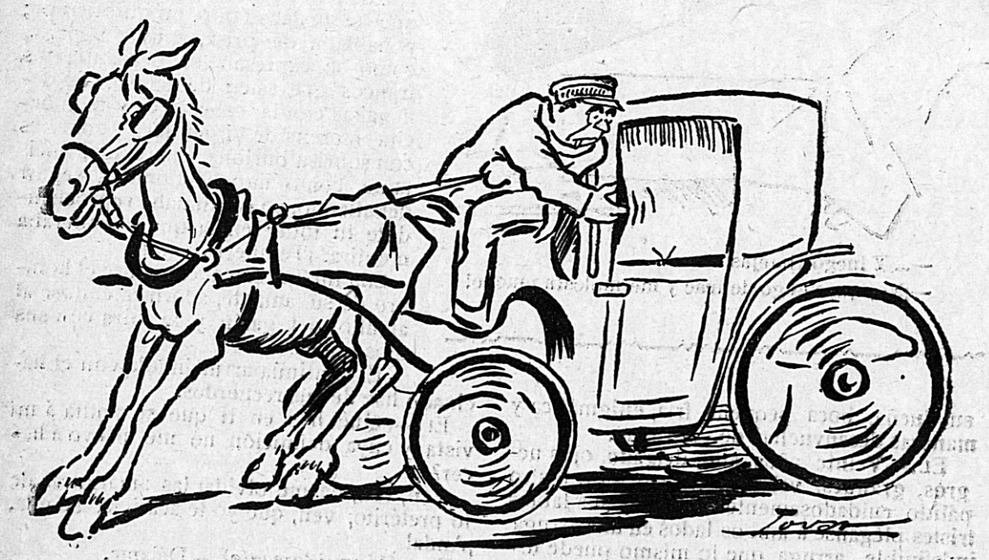
Rendido brutalmente
por el sueño, después de afortunado
lance de guerra, un rey omnipotente
dejó caer, su coronada frente,
sobre el tapiz del prado.

Una trémula gota de rocío,
purísima y vestida de colores,
audaz rodó con brío,
alegre, saltarina y juguetona,
hasta una hermosa perla que entre flores
adornaba la espléndida corona.
—Aparta—dijo al verla
la vanidosa perla;
tú no tienes oriente como el mío,
ni eres gala, ni indicas poderío.
—Aparta—dijo, igual el soberano,
—despierto por el trágico desvelo
de tener siempre á la traidora mano,
y la trémula gota saltó al suelo
á fecundar con besos y alegría
una espiga naciente
que de sed fallecía.

II

La perla, enferma al fin, perdió su oriente;
al monarca guerrero
victorioso, tan fiero
que dieron en llamarle omnipotente;
la vida le quitó un traidor acero
en un festín, que no mano enemiga
le quiso honrar vendiéndole en la guerra...
Los hijos de la espiga
propagáronse, en cambio, eternamente
sobre el haz de la tierra.

Mariano Miguel de Val.



El cochero.—¡Eh, señoritos, que vamos á volcar!

UN CASO INEXPLICABLE

Era una casa de Gibraltar, cuya planta baja estaba destinada á servir comidas, café y bebidas; el principal á fonda y el resto á hospedajes económicos. Terminaba con dos dormitorios de á cuatro camas, construídos á un extremo de la azotea, y en dichas camas dormimos ocho artistas de poco sueldo de la compañía Cereceda.

Una noche gané á mis compañeros al monte todo lo que tenían, incluso el tabaco, pañuelos, calcetines, etc., que no habían sido usados. Como la sesión duró hasta la hora del desayuno, me fingí enfermo y quedé acostado para faltar al ensayo.

A poco rato de marcharse los otros, y cuando se iban cerrando mis párpados, se abrió la puerta y una silenciosa sombra se interpuso entre la luz y mi cama. Abrí los ojos, me puse los lentes y quedé con un palmo de boca abierta. Era una mujer. Una hembra; pero ¡qué hembra! Mejor no salió de la pluma de Fernández y González. ¿Ustedes han visto de cerca á Joaquina Pino? Pues así era, poniéndole el pelo y los ojos de María López Martínez. Con eso no quiero decir que unos mejoren á los otros. Es cuestión de color.

Pues bien; aquella divinidad se dirigió á mí en ademán suplicante y empezó á gesticular y á hablar y yo á contestarle, pero... ¡por su Dios y el mío, que creo es el mismo, que en mi vida pasé peor rato! Ni yo la entendí una palabra, ni ella á mí. ¿Qué quería? ¿Qué necesitaba? No lo sé,

arañaba la puerta de la despensa, se descorría un pestillo, oía una especie de rugido sordo y me figuraba entrar en una caverna; y allí en la obscuridad, ¡siempre obscuro!, estaba la leona; pero leona con melenas que, hambrienta, al olfatear la carne, daba un zarpazo con su poderosa garra y no soltaba la presa hasta saciar su apetito y abandonar por cansancio bien las pilrafas ó bien el hueso, cosas ambas *despreciables* después de darse un hartazgo.

Así estuvimos dos meses y quedé reducido á lo *despreciable*. Afortunadamente, Cereceda levantó el campo y marchamos á provincias á explotar *La espada de honor* y *El chaleco blanco*.

A los ocho meses recibí carta de mi patrona, diciéndome que su criada era madre de una preciosa niña que, por casualidad, se parecía á mí.

Transcurridos nueve años, estando yo en Apolo, encontré á la *leona* en la plaza del Rey con una niña que me produjo la sensación de hija. Me dejó besarla y obsequiarla; las acompañé á su casa con objeto de verlas á diario y protegerlas... Efectivamente, al otro día ya no vivían allí, y lo que es peor, no dejaron rastro. ¿Temería que le quitara la cría? Desde entonces estoy haciendo al natural el personaje del Don Lapi de *Mal de amores*.

¡Ah! Se me olvidaba. Muchas noches los huéspedes venían á la despensa en busca de albergue; pero querían un imposible: estaba yo ocupando la plaza y dispuesto á defenderla con las armas en la mano.

A poco de hablar en la forma dicha, se quitó una pulsera de plata cincelada que pesaría cerca de una libra y me la puso en una muñeca. Yo, no sabiendo por qué ni para qué me colocaba dicha alhaja, se la devolví.

No la quería. Casi á la fuerza se la coloqué en su primitivo sitio, y en tal situación nos sorprendió el dependiente de un ogro que ocupaba el principal. Ella se fué llorando, yo quedé desesperado y creyendo que soñaba. Pero no fué sueño.

Aquel mismo día, después de comer, el rico comerciante hebreo (padre, marido ó propietario de la hermosa), me llamó para que viera sus mercancías, y después de enseñarme sedas y encajes, me mostró una gumía y un puñal, ¡dos preciosidades!, y me dijo:

—«Las dos saben llegar al corazón. Si en el incidente de esta mañana hubieras sido el culpable, tal vez probaras alguna.» Me señaló la puerta y me fuí. En el pasillo me encontré á un hijo del dueño, que me dijo:

—«¡Qué tonto has sido! Ya no tiene remedio; se la ha llevado al barco, y de allí no saldrá hasta llegar á Casa Blanca.

—¿Yo qué iba á hacer si no entendía una palabra?

Después supimos que el viejo comerciante le sacó del pecho, en billetes del Banco francés, una respetable cantidad, importe de la venta de aquel viaje, que hubiera servido para *ponerme un piso* si llego á dominar la lengua mora ó la hebrea.

AMOR SALVAJE

¿Quién no tiene en su casa despensa, ó, por lo menos, ha visto alguna? Pues en una de éstas, entre rodillas sucias, botellas vacías, latas de aceite y de petróleo, etc., etc., en un triste jergón sobre el santo suelo, dormía la criada de la casa de huéspedes donde yo paraba, recién ascendido á patiquino.

Dicha criada, al venir de una lejana provincia su novio á servir al rey, ya «toda de él» y sin recursos, tomó la carretera adelante hacia Madrid, y andando y pidiendo limosna llegó á la puerta del cuartel de la Montaña al cabo de muchos días, y por un cabo supo allí que su amor estaba en Prisiones Militares por haber herido á uno en la Fuente de la Teja.

Desesperada y cariacontecida, tropezó con mi patrona, que la admitió á su servicio.

Los huéspedes conocimos su historia y nos interesó. Aunque no era guapa tenía unos ojos que despedían llamas y no sé qué de salvaje y bravío que atraía. Yo puse sitio á la plaza, y un domingo conseguí rendirla, por fin, llevándola á mi cuarto del teatro del Príncipe Alfonso, una noche que fué á llevarme la comida entre las funciones de tarde y noche.

Ya en inteligencia, nuestras entrevistas eran en la despensa, y á pesar de los malos olores no me iba mal.

Yo me creía transportado á los tiempos primitivos, cuando no se conocían el calzado ni el corsé. Cada noche, despues de apagar la luz de mi alcoba, salía descalzo, llegaba á la cocina,

AMOR QUE MATA

Sonó el timbre, abrióse á los pocos momentos la puerta, y Rosario entró, haciendo crugir sedas y encajes.

Era una gallarda morena, elegantísima y arrogante, de rasgados ojos, negros como la noche; griega era su nariz, perfecto el óvalo de su cara, y fresca y apetecible su boca, de sangrientos labios...

—¡Señorita, esta carta urgente!...

Rosario quitóse un guante, alargó con displicencia su mano fina y aristocrática, y dijo sin dignarse mirar el sobre:

—Será de Asorena. Este muchacho se ha propuesto no dejarme en paz un minuto.

✠

¡Pobre Ansorena! Parecía mentira que él, la cortedad personificada; él, tan apocado siempre y tan silencioso, hubiera podido concebir una pasión como aquella, desordenada y bravía.

Como una bomba cayó la noticia en los círculos aristocráticos. Salones y tertulias estremeciéronse al eco alegre de las carcajadas, y una dama linajuda, célebre por sus frases, alguna de las cuales estuvo á punto de crear un conflicto internacional, bautizó el amor de Ansorena con un título sugestivo, que tuvo un éxito loco: *¡El despertar del ángel!*

¡Pobre Ansorena! La misma mujer objeto de aquel culto le saludaba ahora, haciendo esfuerzos para no reir. Comprendió que estaba perdido, que había caído en el ridículo más espantoso, y que era necesario hacer un esfuerzo supremo y arrancar del fondo de su alma la imagen de aquella mujer que le enloquecía...

Y luchó; luchó desesperadamente por conseguirlo. ¡Fué inútil! Cuanto más se obstinaba en olvidarla, con mayor relieve aparecía en su corazón y en su cerebro la figura espléndida de Rosario.

Se ausentó y regresó poco después, entristecido, cansado. Y al entrar en Madrid con llanto en los ojos, comprendió que la lucha era imposible, y decidió abandonarse á su pasión, á la fiebre horrible que abrasaba todo su ser.

✠

Medio tendida sobre un *confidente* leía Rosario la carta de Ansorena, conjunto de quejas amargas y de súplicas dolorosas.

"No tengo esperanzas, no, de lograr mis deseos. Sé que esta carta correrá la misma suerte que las otras... Pero consuélese usted, Rosario, esta es la última, la última definitivamente.

He luchado, he combatido horriblemente para poder arrancar de mi pecho esta pasion que me ahoga, y usted sabe que mis esfuerzos han sido inútiles y que su imagen me ha acompañado á todas pertes persi-



—¡Hombre!... Yo te suponía en Málaga.

—Llegamos anoche. Me encontré á la marquesa y se empeñó en que me viniera con ella.

guiéndome cruelmente, con la tenacidad de los remordimientos.

»Y yo no puedo vivir así, Rosario, no puedo. Por lo que usted más quiera, por la memoria sagrada de su madre le suplico que me conteste, aunque no tenga usted para mí más que palabras de desprecio. Hasta las doce de la noche espero esa contestación; si á dicha hora no la he recibido... rece usted por mí, Rosario. ¡Rece unted por mí!»

Se detuvo. Con aire distraído empezó la lectura de la carta, y conforme había ido avanzando aumentó poco á poco su interés, hasta el punto de que al terminar leyó de nuevo los párrafos más interesantes, medi-